

qué fundamento? Sobre aquella promesa infalible que hizo Jesucristo, cuando dijo: *Pedid y recibiréis*. ¿Quién puede temer ser engañado, pregunta San Agustín, cuando el que promete es la misma verdad? ¿Cómo podemos dudar de la eficacia de nuestras oraciones, cuando Dios, que es la misma verdad, nos garantiza solemnemente que nos dará todo lo que pidamos? Y añade el mismo santo Doctor: *No nos exhortaría a pedir, si no quisiera escuchar*. Pero leamos el Evangelio y veremos cuán encarecidamente nos inculca el Señor que oremos: *Orad, pedid, buscad, y alcanzaréis cuanto pidiereis. Pedid cuanto queráis: todo se hará a medida de vuestros deseos*. Y para que le pidiéramos con esta debida confianza quiso que en la oración dominical, en la cual recurrimos a Dios para pedirle las gracias necesarias para nuestra salvación eterna, pues todas en esa divina oración están encerradas, demos no el nombre de Señor, sino el de Padre. Es que quiere que pidamos las gracias a Dios con aquella amorosa confianza con que un hijo pobre y enfermo busca el pan y la medicina en el corazón de su padre. Si un hijo, en efecto, estuviera para morir de hambre, le bastaría decírselo a su padre, y éste al punto le daría el alimento necesario; y si el hijo por ventura fuese mordido de una venenosa serpiente, que vaya al padre con la herida abierta, que sin duda en el acto le aplicará remedio.

Vamos, pues, lo que nos dice el apóstol San Pablo: *Mantengámonos firme la esperanza que hemos*

confesado, pues es fiel el que hizo la promesa. Confiados en esta divina promesa, pidamos siempre con confianza, y no sea confianza vacilante, sino firme e incommovible. Pues si es cierto que Dios es fiel a sus promesas, la misma certidumbre ha de tener nuestra confianza de alcanzar todo lo que le pidamos. Verdad es que hay momentos en que por aridez del espíritu o por otras turbaciones, que agitan nuestro corazón, no podemos rezar con la confianza que quisiéramos tener. Mas ni en estos casos dejemos de rezar, aunque tengamos que hacernos violencia. Dios nos escuchará. Bien pudiera ser que entonces nos oiga más prontamente el Señor, pues en ese estado rezamos más desconfiados de nosotros mismos y más fiados en la bondad y fidelidad de Dios a las promesas que hizo a la oración. ¡Oh, cómo se complace el Señor al ver que en la hora de la tribulación, de los temores y de la tentación, seguimos esperando en El contra toda esperanza, esto es, contra aquel sentimiento de desconfianza que la desolación interior quiere levantar en nuestro espíritu!

Así decía San Pablo en alabanza de Abraham: *que seguía en su esperanza contra toda esperanza.* Afirma San Juan que aquel que se pone con firme confianza en Dios será santo. Lo dice con estas palabras: *Quien en El tiene tal esperanza, se santifica a sí mismo, así como El es santo también.* La razón es que Dios derrama abundantemente las gracias sobre los que confían en él. Sostenidos por esta con-

fianza tantos mártires, tantos niños y tantas vírgenes, aun en medio de los más horribles tormentos que los tiranos inventaron contra ellos, vencieron y se mantuvieron en la fe. Si a veces sucede que nos asaltan dudas de desconfianza, no por eso dejemos de orar. Perseveremos en la oración hasta el fin. Así lo hacía el Santo Job, el cual repetía generoso: *Aunque me llegare a matar, en El esperaré.* Dios mío, aunque me arrojes de tu presencia no dejaré de orar y confiar en tu misericordia. Hagámoslo así y estemos seguros de que alcanzaremos de Dios todo lo que queramos.

Así hizo la cananea y por este camino consiguió de Jesucristo lo que pedía. Tenía la desventurada madre a su hija poseída del demonio y se acercó al Redentor para que la curase: *Ten piedad de mí,* le dijo, *mi hija está cruelmente atormentada del demonio.* Replicóle el Señor que *El no había venido a salvar a los gentiles, sino a los judíos.* No perdió la mujer la confianza, antes prosiguió diciendo con mayores ansias: *Señor, si queréis, podéis salvarme. Señor, ayudadme...* Y otra vez le sale al paso Jesucristo con estas palabras: *El pan de los hijos no hay que tirárselo a los perros.* A lo cual replicó ella: *Es verdad, Señor, pero al menos a los perritos se les echa las migajas que sobran en la mesa de los amos.* Y aquí ya no pudo negarse el Señor y alabando la fe y la confianza de aquella mujer, le concedió la gracia que le pedía diciéndole: *¡Oh mujer, qué grande es tu confianza, hágase como deseas!* Con

razón, pues, dice el Eclesiástico: *¿Quién invocó al Señor y fue despreciado por El?*

Dice San Agustín que la oración es la llave maravillosa que nos abre todos los tesoros del cielo. Apenas nuestra oración llega al Señor, desciende sobre nosotros la gracia que acabamos de pedir. Sus palabras son éstas: *Es la llave y puerta del cielo... sube la oración y desciende la misericordia de Dios.* Esto es tan verdadero, que el Real Profeta dice que juntas caminan siempre la oración nuestra y la misericordia de Dios. *Bendito sea el Señor que no desechó mi oración ni retiró de mí su misericordia.* San Agustín nos enseña lo mismo, cuando escribe: *Cuando ves que tu oración está en tus labios, date cuenta y está seguro que se halla muy junto también de ti su divina misericordia.* De mí sé decir que no siento nunca mayor consolación en mi espíritu, ni tengo confianza más firme de salvarme, que cuando me hallo a los pies de mi Dios, rezando y encomendándome a su bondad. Lo mismo tengo por cierto que pasará a los demás, pues otras señales de predestinación inciertas son y falibles, pero que Dios oye la oración de quien le reza con confianza, es verdad indubitable e infalible, como infalible es que Dios no puede ser infiel a sus promesas.

Así, pues, cuando sintamos nuestra debilidad e impotencia para vencer las pasiones u otras dificultades que se oponen a la voluntad de Dios sobre nosotros digamos animosos con el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que es mi fortaleza.* Jamás se

nos ocurra pensar: no puedo... no me siento con fuerzas... Es cierto que con nuestras fuerzas nada podemos, mas lo podemos todo con la ayuda divina. Si Dios dijera a uno de sus siervos: Toma este monte, échatelo a la espalda y llévalo de aquí que yo te ayudaré, y él dijere: No quiero, porque no tengo fuerzas para tanto... ¿no le tendríamos por necio y poco confiado? Pues, cuando nosotros por ventura nos veamos llenos de miserias y enfermedades y reciamente combatidos de tentaciones, no perdamos los ánimos, antes alcemos los ojos al cielo y digamos a Dios con David: *Ayúdame, Señor, y despreciaré a todos mis enemigos.* Con tu ayuda, oh Dios mío, me burlaré de los asaltos de todos los enemigos de mi alma y venceré. Y cuando nos hallemos en grave peligro de ofender a Dios o en trance de funestas consecuencias, y no sepamos a donde volver los ojos, volvámonos a Dios y encomendémonos a El, diciéndole: *El Señor es mi luz y mi salvación... ¿a quién puedo temer?* Tengamos absoluta certidumbre de que el Señor nos iluminará y nos librárá de todo mal.

VI

TAMBIEN LOS PECADORES DEBEN ORAR

No faltará alguno que dirá por ventura: Soy pecador y por tanto no puedo rezar, porque leí en las Sagradas Escrituras: *Dios no oye a los pecadores.*

Mas nos ataja Santo Tomás, diciendo con San Agustín, que así habló por su cuenta el ciego del Evangelio, cuando aún no había sido iluminado por Cristo. Y luego, añade el Angélico, que eso sólo se puede decir del pecador, en cuanto es pecador, esto es, cuando pide al Señor medios para seguir pecando, como si se pidiese al cielo ayuda para vengarse de su enemigo o para llevar adelante alguna mala intención. Y otro tanto puede decirse del pecador que pide al Señor la gracia de la salvación sin deseo de salir del estado de pecado en que se encuentra. En efecto, los hay tan desgraciados que aman las cadenas con que los ató el demonio y los hizo sus esclavos. Sus oraciones no pueden ser oídas de Dios, porque son temerarias y abominables. ¿Qué mayor temeridad la de un vasallo que se atreve a pedir una gracia a su rey, a quien no tan sólo ofendió mil veces, sino que está resuelto a seguir ofendiéndole en lo venidero? Así entenderemos por qué razón el Espíritu Santo llama detestable y odiosa la oración de aquel que por una parte reza a Dios y por otra parte cierra los oídos para no oír y obedecer la voz del mismo Dios. Lo leemos en el Libro Sagrado de los Proverbios: *Quien cierra sus oídos no escuchar la ley, execrada será de Dios su oración.* A estos desatinados pecadores les dirige el Señor aquellas palabras del profeta Isaías: *Por eso, cuando levantareis las manos hacia mí yo apartaré mi vista de vosotros, y cuantas más oraciones me hicieréis, tanto menos os escucharé, porque vues-*

tras manos están llenas de sangre. Así oró el impío rey Antíoco. Oraba el Señor y prometíale grandes cosas, pero fingidamente y con el corazón obstinado en la culpa. Oraba tan sólo para ver si se libraba del castigo que le venía encima. Por eso no oyó el Señor su oración y murió devorado por los gusanos. *Oraba aquel malvado al Señor, mas en vano, porque de El no había de alcanzar misericordia.*

Hay pecadores que han caído por fragilidad o por empuje de una fuerte pasión y son ellos los primeros en gemir bajo el yugo del demonio y en desear que llegue por fin la hora de romper aquellas cadenas y salir de tan mísera esclavitud. Piden ayuda al Señor, y si esta oración fuere constante, Dios ciertamente los oirá, pues dijo El: *Todo el que pide recibe y el que busca encuentra.* Comentando estas palabras un autor antiguo dice: Todo el que pide... sea justo, sea pecador... Hablando Jesucristo de aquel que dio todos los panes que tenía a un amigo suyo y no tanto por amistad, cuanto por la terca importunidad con que se los pedía, dice, según leemos en San Lucas: *Yo os aseguro que cuando no se levantara a dárselos por razón de amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia se levantará al fin y le dará cuantos hubiere menester... Así os digo yo: pedid y se os dará.* Aquí tenemos cómo la perseverante oración alcanza de Dios misericordia, aun cuando los que rezan no sean sus amigos. Lo que la amistad no consigue, dice el Crisóstomo, obtiéndose por la oración. Por eso concluye diciendo:

Más poderosa es la oración que la amistad. Lo mismo enseña San Basilio, el cual categóricamente afirma que también los pecadores consiguen lo que piden, si oran con perseverancia. De la misma opinión es San Gregorio, el cual dice: *Siga clamando el pecador, que su oración llegará hasta el corazón de Dios.* Y San Jerónimo sostiene lo mismo y añade: *El pecador puede llamar padre a Dios y será su padre y si persiste en acudir a El con la oración será tratado como hijo.* Pone el ejemplo del hijo pródigo el cual, aun cuando todavía no había alcanzado el perdón, decía: *Padre mío, qué.* San Agustín razona muy bien cuando dice que si Dios no oyera a los pecadores, inútil hubiera sido la oración de aquel humilde publicano que le decía: *Señor, tened piedad de mí, pobre pecador.* Sin embargo, expresamente nos dice el Evangelio que fue oída su oración y que *salió del templo justificado.*

Mas ninguno estudió esta cuestión como el Doctor Angélico, y él no duda en afirmar que es oído el pecador, cuando reza; y trae la razón que, aunque su oración no sea meritoria, tiene la fuerza misteriosa de la impetración, ya que ésta no se apoya en la justicia, sino en la bondad de Dios. Así podía orar el profeta Daniel, cuando decía al Señor: *Dígnate escucharme, oh Dios mío, y atiéndeme. Inclina, oh Dios mío, tus oídos y óyeme... pues postrados ante Ti, te prestamos nuestros humildes ruegos, no en nuestra justicia, sino en tu grandísima misericordia.* Sigue Santo Tomás diciendo que no es me-

nester que en el momento de orar seamos amigos de Dios por la gracia: la oración ya de por sí nos hace en cierto modo sus amigos.

Otra bellísima razón aduce San Bernardo cuando escribe que la oración del pecador que quiere salir de la culpa viene del fondo de un corazón que tiene el deseo de recobrar la gracia de Dios. Y añade: *Pues, ¿por qué daría el Señor al hombre pecador ese buen deseo, si después no le quisiera escuchar?* Leamos las Sagradas Escrituras y allí veremos muchos ejemplos de pecadores que con la oración lograron salir del estado de pecado. Recordemos solamente a Acab, al rey Manasés, a Nabucodonosor y al buen ladrón. ¡Qué grande y maravillosa es la eficacia de la oración! Dos son los pecadores que en el Gólgota están al lado de Jesucristo: uno reza: *Acuérdate de mí*, y se salva... el otro no reza y se condena. Todo lo encierra el Crisóstomo en estas palabras: *Ningún pecador sinceramente arrepentido oró al Señor y no obtuvo lo que pidió.* Mas ¿para qué traer más autoridades y razones? Bástenos para demostración de esa afirmación la palabra del mismo Jesucristo el cual dice: *Venid a mí todos los que sufrís y estáis cargados y yo os ayudaré.* Comentando este pasaje San Jerónimo, San Agustín y otros doctores dicen que los que caminan por la senda de la vida cargados son los pecadores que gimen bajo el peso de sus culpas. Si acuden a Dios, levantarán su frente, según la promesa divina y se salvarán por su gracia. Y es que Dios tiene mayores

ansias de perdonarnos, que nosotros de ser perdonados. Así lo asegura el Crisóstomo. Y añade el mismo Santo: *No hay cosa que no pueda la oración; te salvará aunque estés manchado con miles de pecados; pero ha de ser tu oración fervorosa y perseverante.* Volvamos a repetir lo que antes dijimos del apóstol Santiago: Si alguno necesita sabiduría divina, pidácela al Señor que El a todos la da abundantemente y a nadie le sirve de pesadumbre. En efecto, a todos los que acuden a su bondad con la oración los escucha el Señor y les concede la gracia con abundante profusión. Pero fijémonos sobre todo en lo que añade. *Y a nadie le sirve de pesadumbre...* Esto solamente lo hace el Señor: los hombres por lo general, si alguien les pide algún favor y antes gravemente los ofendió, le echan en cara su antigua descortesía e insolencia. No obra así el Señor, ni aun con el mayor pecador del mundo. Si ese tal viene a pedirle una gracia conveniente para su salvación eterna, no le echa en cara las ofensas que antes recibió de él; como si nada hubiera pasado entre los dos, lo acoge, lo consuela, lo escucha y le despacha después de haberle socorrido adecuadamente.

Sin duda por este motivo y para animarlos dijo nuestro Redentor aquellas suavísimas palabras: *En verdad, en verdad os digo, si algo pidiereis al Padre en mi nombre, se os dará.* Quiso decir: Animo, pecadores amadísimos, no os impidan recurrir a vuestro Padre celestial y confiar que tendréis la salva-

ción eterna, si de veras la deseáis. No tenéis méritos para alcanzar las gracias que pedís, más bien por vuestros deméritos sólo castigo merecéis. Pero seguid mi consejo, id a mi Padre en nombre mío y por mis méritos. Pedidle las gracias que deseáis... yo os lo prometo, yo os lo juro, que esto precisamente significa la fórmula que emplea: *En verdad, en verdad os digo* (según San Agustín), *cuanto a mi Padre pidiereis, El os lo concederá*. ¡Oh Dios mío, y qué mayor consolación puede tener un pecador después de su espantosa desgracia que saber con absoluta certeza que cuanto pida a Dios en nombre de Jesucristo lo alcanzará!

VII

HAY QUE ORAR CON PERSEVERANCIA

Nuestra oración sea humilde y llena de confianza en Dios; mas esto no basta para tener la perseverancia final y con ella la salvación eterna. Verdad es que nuestras oraciones cotidianas nos alcanzarán las gracias que necesitamos para cada momento de nuestra vida, mas si no seguimos hasta el fin en la oración, no conseguiremos el don de la perseverancia final, y es que esta gracia, por ser como el resultado de todas las otras, exige que multipliquemos nuestras plegarias y perseveremos hasta la muerte.

La gracia de la salvación eterna no es una sola gracia, es más bien una cadena de gracias, y todas

ellas unidas forman el don de la perseverancia. A esta cadena de gracias ha de corresponder otra cadena de oraciones, si es lícito hablar así, y por tanto si rompemos la cadena de la oración, rota queda la cadena de las gracias que han de obtenernos la salvación, y estaremos fatalmente perdidos.

Tengamos por indubitable verdad que la perseverancia final es gracia que nosotros no podemos merecer. Así nos lo enseña el sagrado Concilio de Trento con estas palabras: *Sólo puede otorgarla Aquel que tiene poder para sostener a los que están de pie y hacerles permanecer así hasta el fin.* Mas a esto replica San Agustín: *Este gran don de la perseverancia, con la oración se puede merecer.* Añade el Padre Suárez, que el que reza infaliblemente lo consigue. Lo mismo sostiene el gran Santo Tomás del cual son estas graves palabras: *Después del bautismo es necesaria la oración continua y perseverante para que el hombre pueda entrar en el reino de los cielos.*

Pero antes que todos nos repitió esto mismo muchas veces nuestro divino Salvador cuando decía: *Es menester orar siempre y no desmayar nunca. Vigilad por tanto, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre.* Y lo mismo leemos en el Antiguo Testamento: *Nada te detenga de orar siempre que puedas. En todo tiempo bendice al Señor y pídele que dirija. El los caminos de tu vida.* Por esto el Apóstol exhortaba

a los primeros discípulos a que nunca dejaran la oración... *Orad sin descanso*, les decía... *Perseverad en la oración y velad en ella. Quiero que los hombres recen en todo lugar.* En esta escuela aprendió San Nilo, cuando repetía: *Puede darnos el Señor la perseverancia y la salvación eterna, mas no la dará sino a los que se la piden con perseverante oración.* Hay pecadores que con la ayuda de la gracia de Dios se convierten, mas dejan de pedir la perseverancia y lo pierden todo.

El santo cardenal Belarmino nos dice que no basta pedir la gracia de la perseverancia una o algunas veces, hay que pedirla siempre, todos los días, hasta la hora de la muerte, si queremos alcanzarla. Diariamente. Quien un día la pide, la tendrá ese día, mas si al siguiente día la deja de pedir, ese día tristemente caerá. Esto parece quiso darnos a entender el Señor en la parábola de aquel amigo que no quiso dar los panes que le pedían, sino después de muchas importunas exigencias. Comentando ese pasaje argumenta San Agustín que si aquel amigo dio los panes que le pedía contra su voluntad y sólo por deshacerse de sus impertinencias ¿qué hará el Señor, quien no tan sólo nos exhorta a que le pidamos, sino que lleva muy a mal cuando no le pedimos? Tengamos en cuenta que Dios es bondad infinita y que tiene grandes deseos de que le pidamos sus divinos dones. De donde podemos concluir que gustosamente nos concederá cuantas gracias demandemos. Lo mismo escribe Cornelio Alápidc, del

cual es esta sentencia: *Quiere Dios que perseveremos en la oración hasta la importunidad.* Acá en el mundo los hombres no pueden soportar a los importunos, mas Dios no sólo los soporta, sino que desea que con esa terca importunidad le pidan sus gracias y sobre todo el don de la perseverancia. Así San Gregorio lo afirmó, cuando escribía: *El Señor quiere ser repetidamente llamado, quiere ser obligado, quiere ser vencido por nuestras amorosas importunidades. Buena es esta violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse nuestro Dios se calma y aplaca.*

Pues, para alcanzar la santa perseverancia forzosamente será que nos encomendemos a Dios siempre, mañana y tarde, en la meditación, en la misa, en la comunión y muy especialmente en la hora de la tentación. Entonces debemos acudir al Señor y no cansarnos de repetir: Ayúdame, Señor, sosténme con tus manos benditas... no me dejes... ten piedad de mí. ¿Hay por ventura cosa más sencilla que decir a Dios: Ayúdame... asísteme...? Dijo el Salmista: *Haré dentro de mí oración a Dios, autor de mi vida.* Comentando este lugar la glosa añade: Alguno por ventura podrá decir que no puede ayunar, ni dar limosna, pero si se le dice: reza... a esto no podrá alegar que no puede. Y es que no hay cosa más sencilla que la oración. Sin embargo, por eso mismo no debemos dejar apagarse en nuestros labios la oración. A todas horas hemos de hacer fuerza sobre el corazón de Dios para que nos socorra siempre;

que esta fervorosa violencia es muy grata a su corazón, como nos lo asegura Tertuliano. Y San Jerónimo llega a decir que cuanto más perseveramos e importunamos a Dios en la oración, más gratas le son nuestras plegarias.

Bienaventurado el hombre que me escucha que vela continuamente a las puertas de mi casa y está de centinela en los umbrales de ella. Esto dice el Señor, y con ello nos enseña que es feliz el hombre que con la oración en los labios oye la voz de Dios y vela día y noche a las puertas de su misericordia.

Y el profeta Isaías decía también: *Bienaventurados cuantos esperan en El.* Sí, bienaventurados aquellos que orando esperan del Señor su salvación. ¿Y no nos enseña lo mismo Jesucristo en su santo Evangelio? Oigamos sus palabras: *Pedid y se os dará... buscad y hallaréis... llamad y se os abrirá.* Bien está que dijera: *Pedid...* pero ¿a qué añadir aquello de... *buscad... llamad?* Mas no son ciertamente superfluas estas palabras. Con ellas ha querido enseñarnos nuestro divino Redentor que hemos de imitar a los pobres, cuando mendigan limosna, los cuales si por ventura nada reciben, y además son despectivamente rechazados, no por eso se van, sino que siguen a la puerta de la casa repitiendo la misma conmovedora súplica. Si sucede que el amo de la casa no aparece por ninguna parte, dan vueltas en derredor en su busca, y allí se están, aunque los tengan por importunos y fastidiosos. Asimismo quiere el Señor que obremos nosotros con El: quie-

re que pidamos y tornemos a pedir y que no nos cansemos nunca de decirle que nos ayude, que nos socorra, que no permita jamás que perdamos su santa gracia.

Dice el doctísimo Lessio que no puede excusarse de pecado mortal aquel que no reza cuando está en pecado o en peligro de muerte, y peca también gravemente quien pasa sin rezar bastante tiempo, esto es: uno o dos meses. Así opina él. Mas esto ha de entenderse, si no estamos combatidos de tentaciones, que si nos asalta una tentación grave, sin duda ninguna que peca gravemente quien en ese trance no acude a Dios con la oración, para pedirle la fuerza de resistir a ella, pues de sobra sabe que, si así no lo hace, está en peligro próximo de caer en grave culpa.

VIII

SE DICE POR QUE EL SEÑOR NO NOS DA HASTA EL FIN LA GRACIA DE LA PERSEVERANCIA

Y ahora dirá alguno: Pues si el Señor puede y quiere darnos la santa perseverancia, ¿por qué no nos la da de una vez, cuando se la pedimos? A esta pregunta responden los santos Padres alegando muchas y sapientísimas razones.

Y es la primera, que Dios quiere por este camino probar la confianza que tenemos en El.

La segunda nos la da San Agustín cuando escribe que es porque quiere el Señor que suspiremos por ella con grandes deseos. Y añade, no quiere darte el Señor la perseverancia, apenas se la pides, para que aprendas que las cosas muy excelentes hay que desearlas con muy grandes ansias: pues vemos acá que lo que por mucho tiempo codiciamos, lo saboreamos más deliciosamente cuando lo poseemos, y las cosas que pedimos y al punto recibimos fácilmente las estimamos poco y hasta tenemos por viles.

Otra razón podemos dar y es que Dios quiere de este modo que nos acordemos más de El. Si, en efecto, estuviéramos ya seguros de la perseverancia y de nuestra salvación eterna y no sintiéramos a cada paso necesidad de la ayuda de Dios, fácilmente nos olvidaríamos de El. Los pobres, porque padecen pobreza, por eso acuden a casa de los potentados, que tienen riquezas. Por esto mismo dice el Crisóstomo que no quiere el Señor darnos la gracia completa de la salvación hasta la hora de nuestra muerte, para vernos muy a menudo a sus pies y tener El la satisfacción de llenarnos a todas horas de beneficios.

Y aún podemos dar otra cuarta y última razón, y es que con la oración diaria y continua nos unimos con Dios con lazos más estrechos de caridad. Lo afirma el mismo San Juan Crisóstomo con estas palabras: *No es la oración pequeño vínculo de amor divino, sino que así el alma se acostumbra a tener sabrosos coloquios con Dios, y este acudir a El y*

este confiar que nuestras oraciones nos van a obtener las gracias que deseamos, es llama y cadena de santo amor, que nos abrasa y nos une más íntimamente con Dios.

¿Qué hasta cuándo hemos de orar? Responde el mismo Santo: *Hemos de orar siempre, hasta que oigamos la sentencia de nuestra salvación eterna, es decir, hasta la muerte.* Este es el consejo que el Santo nos da: *No ceses hasta que no recibas tu galardón.* Y añade: *El que dijere que no suspenderá su oración hasta que sea salvo, ése se salvará.* Ya escribía antes el Apóstol que muchos son los que toman parte en los campeonatos pero que uno solamente gana el premio. *¿No sabéis, exclamaba, que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal modo que lo ganéis.*

Por aquí podemos ver que no basta orar: hay que orar siempre hasta que recibamos la corona que Dios ha prometido a aquellos que no cesan en la oración.

Si, por tanto, queremos ser salvos, si ganamos el ejemplo del profeta David, el cual tenía siempre los ojos vueltos al Señor para pedirle su ayuda y no caer en poder de los enemigos del alma. *Mis ojos, cantaba, miran siempre al Señor: porque El es quien arrancará mis pies del lazo que me han tendido mis enemigos.*

Escribe el apóstol San Pedro que *nuestro adversario, el demonio, anda dando vueltas, como león*

*rugiente, a nuestro alrededor, en busca de presa para devorar. De aquí hemos de concluir que, así como el demonio a todas horas nos anda poniendo trabas para devorarnos, así nosotros hemos de estar continuamente con las armas de la oración dispuestas para defendernos de tan fiero enemigo. Entonces podremos decir con el rey David: *Perseguiré a mis enemigos... y no volveré atrás hasta que queden totalmente deshechos.**

Mas ¿cómo reportaremos esta victoria tan decisiva y tan difícil para nosotros? Nos responde San Agustín: *Con oraciones, pero con oraciones continuas.* ¿Hasta cuándo? Ahí está San Buenaventura que nos dice: *La lucha no cesa nunca... nunca tampoco debemos dejar de pedir misericordia.* Los combates son de todos los días, de todos los días debe ser la oración para pedir al Señor la gracia de no ser vencidos. Oigamos aquella temerosa amenaza del Sabio: *¡Ay de aquel que perdiera el ánimo y la resistencia!* Y san Pablo nos avisa que seamos constantes en orar confiadamente hasta la muerte con estas palabras: *Nos salvaremos a condición de que hasta el fin mantengamos firme la animosa confianza en Dios y la esperanza de la gloria.*

Animados, pues, por la misericordia de Dios y sostenidos por sus promesas repitamos con el Apóstol: *¿Quién, pues, nos separará de la caridad de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el peligro?, ¿la persecución?, ¿la espada?* Quiso decirnos: *¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios?, ¿acaso*

la tribulación?, ¿por ventura el peligro de perder los bienes de este mundo?, ¿las persecuciones de los demonios y de los hombres?, ¿quizás los tormentos de los tiranos? En todas esas cosas salimos vencedores por amor de Aquel que nos amó. Así decía El. Ni tribulación alguna, ni peligro alguno, ni persecución, ni tormento de ninguna clase nos podrán separar de la caridad de Cristo, *que todo lo hemos de vencer luchando por amor de aquel Señor que dio la vida por nosotros.*

En la vida del P. Hipólito Durazzo leemos que el día que renunció a la dignidad de prelado romano para darse todo a Dios y abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesús temblaba pensando en su propia debilidad, y así se dirigió al Señor: *No me dejéis, Señor, hoy sobre todo que enteramente me consagro a Vos... ¡por piedad! no me desamparéis...* Oyó allá en su corazón la voz de Dios que respondía: *Yo soy el que debo decirte a ti que nunca me desampares.* El siervo de Dios, confortado con estas palabras, le contestó: *Pues entonces, Dios mío, que Vos no me dejéis a mí, que yo no os dejaré a Vos.*

Digamos, pues, para concluir, que, si queremos que Dios no nos abandone, hemos de pedirle a todas horas la gracia que no nos desampare: que si así lo hacemos, ciertamente que nos socorrerá siempre y no permitirá que nos separemos de El y perdamos su santo amor. Para lograr esto no hemos de pedir solamente la gracia de la perseverancia y las

gracias necesarias para obtenerlas, sino que hemos de pedir de antemano también la gracia de perseverar en la oración. Este es precisamente aquel privilegiado don que Dios prometió a sus escogidos por labios del profeta Zacarías: *Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración.* ¡Oh!, ésta sí que es gracia grande, el espíritu de oración, es decir, la gracia de orar siempre... esto sí que es puro don de Dios.

No dejemos nunca de pedir al Señor esta gracia y este espíritu de continua oración, porque, si siempre rezamos, seguramente que alcanzaremos de Dios el don de la perseverancia y todos los demás dones que deseemos, porque infaliblemente se ha de cumplir la promesa que El hizo de oír y salvar a todos los que oran. Con esta esperanza de orar siempre ya podemos creernos salvos. Así lo aseguraba San Beda, cuando escribía: *Esta esperanza nos abrirá ciertamente las puertas de la santa ciudad del Paraíso.*

APENDICE

TODOS LOS SANTOS INSISTIERON EN LA NECESIDAD DE LA ORACION; VEAMOS LOS DICHOS DE ALGUNOS

SAN JUAN CRISOSTOMO.—“A la oración debiéramos considerarla como el colmo y término de todos nuestros bienes... Ella es la que produce en nosotros una vida santa... El no amar la oración es locura, y el que vive sin ella está ya muerto y corrompido... No hay señal más clara para conocer la virtud de un hombre que el ver el aprecio que éste hace de la oración... Es una verdad de todos manifiesta, que sin la oración no se puede vivir virtuosamente. Ella es la única arma que nos defiende por completo.

“La oración es la cabeza de todos los bienes y el fundamento y raíz de una vida provechosa. La oración fortalece nuestra vida y sin ella nada habría en nosotros de bueno y saludable. La oración es para el hombre lo que el agua es para las plantas, o, más bien, lo que el agua es para los peces...

“Aunque seas perro, si eres asiduo en la oración, serás preferido al hijo descuidado... No digas: Dios es mi enemigo y no me escuchará, porque si eres asiduo en la oración, pronto te dará respuesta, si ya no por ser su amigo, al menos por ser pertinaz... No digas: “Mucho he pecado y no puedo rogar a quien tengo irritado”, porque no mira Dios la dignidad o

merecimiento, sino a la intención... Pues cuando no le pedimos es cuando se afra: y cuando no le rogamos es cuando se aparta de nosotros.

“Si a un hombre le pides continuamente se te tendrá por pesado y molesto; pero no es así Dios, el cual se molesta precisamente cuando no le pides, y si perseveras pidiendo, aún cuando inmediatamente no recibas, recibirás infaliblemente. Pues si encuentras la puerta cerrada, es justamente porque quiere obligarte a que llames, y si no te escucha enseguida es para que sigas pidiendo. Sigue, pues, pidiendo e infaliblemente recibirás”. (Serm. sobre San Mateo).

SAN HILARIO.—“Habiendo puesto Cristo Nuestro Señor leyes difíciles de cumplir luego, dió este consejo: “Pedid y recibiréis”, para indicarnos la manera de poderlas cumplir... La consecución de todas las gracias divinas, depende únicamente de la oración”.

SAN JOSE DE CALASANZ.—“Sin oración no se puede perseverar en el servicio de Dios... La oración es a manera de un canal por el que nos vienen todas las gracias... La oración es tan necesaria para el hombre interior como el alimento lo es para el hombre exterior”.

SAN PEDRO DE ALCANTARA.—“Sin la gracia de la oración es imposible mortificar la carne y aún

mucho más mortificar el espíritu”.

SAN FRANCISCO DE SALES.—“No hay cosa que purifique más el entendimiento de ignorancias y la voluntad de afectos depravados que la oración”.

SAN JUAN BERCHMANS.—“Toda apostasía en la religión tiene su origen en la falta de oración. Si hago bien mi oración, perseveraré en mi vocación.”

SAN LEONARDO DE PORTOMAURO.—“Tomad, pues, y conservad este importante consejo: Tened por día perdido aquél en el que no hacéis oración”.

SAN FELIPE NERI.—“La oración mental y el pecado no pueden estar juntos. Un hombre sin oración es como un animal sin razón”.

SAN ANTONIO MARIA CLARET.—“La oración es el más rico y más necesario de todos los dones de Dios”.

SAN EFREN.—“No hay en la vida del hombre tesoro comparable a la oración”.

SAN NILO.—“No dará Dios la perseverancia, sino al que se la pida con perseverante oración”.

SAN AGUSTIN.—“SI QUIERES VIVIR CRISTIANAMENTE CON FACILIDAD, HAZ MUCHA ORACION Y LO CONSEGUIRAS”.

SANTA TERESA DE JESUS.—“Como se haga la oración QUE ES LO MAS IMPORTANTE, no dejará de hacerse todo lo demás...”

“La oración es el camino real para el Cielo, y camino seguro... No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración...”

“Nadie puede hacerse a sí mismo mayor daño que dejar de tener oración...”

Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que aunque tiene pies y manos no se puede menear... El que persevere en la oración, por más pecados y tentaciones y caídas que ponga el demonio, tengo por cierto que la sacará el Señor a puerto de luz”.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS.—“La oración y el sacrificio son mis armas invencibles; constituyen todas mis fuerzas, y sé por experiencia que conmueven los corazones mucho más que las palabras”.

Y termino recogiendo algunos pensamientos de la carta de LUCIA, la vidente de Fátima, a su sobri-

no el P. José: "Lo que te recomiendo, por encima de todo, es que te llegues al Sagrario y reces. En la oración fervorosa recibes la luz, la fuerza y la gracia que necesitas... Sigue este camino y verás que en la oración encontrarás más ciencia, más luz, más fuerza, más gracia y virtud de lo que pudieras conseguir leyendo muchos libros o haciendo grandes estudios. Nunca consideres malgastado el tiempo que pases en la oración... Que falte tiempo para todo lo demás, pero nunca para la oración... Estoy convencida de que la principal causa del mal que hay en el mundo y de los fallos de tantas personas consagradas es la falta de unión con Dios a través de la oración".

Nadie ignora que la Iglesia Católica está pasando por un momento muy difícil: Los seminarios están casi vacíos, y muchos religiosos y sacerdotes han solicitado la dispensa de sus votos.

Ante tan extraños y alarmantes acontecimientos, muchos nos preguntamos, cuál será la causa de esta crisis religiosa, y qué clase de cosas habrán sido el motivo que nos ha llevado a esta angustiada relajación.

Algunos le echan la culpa al Concilio, otros a las tensiones políticas, y los más se quedan perplejos sin saberse explicar cómo hemos llegado a ésto y cuál será el porvenir que nos espera.

No obstante, en medio de este mundo que parece haberse olvidado por completo de Dios, todavía hay un grupo de almas valientes y generosas, que

luchando contra la impetuosa corriente se siguen manteniendo en el lugar que les corresponde, fieles a su vocación. Y se mantienen firmes, porque han comprendido su gran debilidad y se han asido fuertemente a Cristo, única fortaleza de las almas. El es quien les ha enseñado y les ha hecho comprender aquella gran verdad tan predicada por todos los Santos: "EL QUE ORA SE SALVA, Y EL QUE NO ORA SE CONDENA".

Estamos estudiando el hecho inaudito de la gran relajación de una gran parte del Clero, que ha llevado a la Iglesia a un estado muy diferente al que teníamos hace veinte años. ¿Por qué hace veinte años estaban tan llenos los seminarios y había tanta ilusión en el clero en aumentar el fervor religioso mediante toda clase de ejercicios públicos de devoción, como novenarios, triduos, ejercicios espirituales, y aquellas famosas misiones populares que tanto bien hicieron y que tanta falta nos hacen ahora? Y ¿por qué ahora todo se perdió? ¿Tiene la culpa el Concilio? ¿La tienen los partidos políticos? No. La culpa de todo está en LA FALTA DE ORACION.

Decía San Francisco de Sales que "la lectura espiritual es la raíz, la meditación es el tallo y la oración es la flor que produce todas las virtudes". Sabido es de todos que las editoriales y librerías religiosas que hace veinte años estaban pujantes y fuertes, editando gran cantidad de libros religiosos, ahora están arruinadas. Las que no han cerrado han

cambiado de negocio, y sólo unas pocas se mantienen de las reservas de los libros editados entonces. Muchos se preguntan: ¿Por qué ahora se venden diez veces menos los libros religiosos que se vendían hace veinte años? La respuesta es clara: Ahora se lee menos, se medita menos y se hace menos oración. Pues estas tres cosas están estrechamente relacionadas: La oración brota de la meditación, y la meditación surge de la lectura espiritual.

Pero la pregunta es la siguiente: ¿Por qué ahora no se lee ni se hace oración como se hacía antes? La respuesta es clara y rotunda: **POR CULPA DE LA TELEVISION.** No se puede ver televisión y ser alma de oración. Oración y televisión, son dos cosas completamente incompatibles.

El autor de este librito, San Alfonso M.^a de Liguorio, en su libro *Instrucción al Pueblo*, se hacía la siguiente pregunta: “¿Es pecado mirar a las mujeres?”, y respondía: “Por de pronto, es pecado venial fijar la vista en mujeres jóvenes, y hay peligro de que llegue a mortal si las miradas son insistentes”. ¿Qué diría el Santo, si viviera hoy y supiera lo que vemos cuando encendemos la televisión? ¿Podrá un alma mantenerse en gracia de Dios viendo todos los programas de la televisión? La respuesta la da el apóstol San Juan cuando dice: “No améis al mundo ni las cosas que hay en él. Si alguno ama al mundo, **LA CARIDAD DEL PADRE NO ESTA EN EL** (Es decir, no puede estar en gracia de Dios). Porque todo lo que hay en el mundo, (Es decir, todo lo

que vemos por la televisión), es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; y ésto no es de Dios, sino del mundo". 1, Jn, 2, 15-17.

No quiere esto decir que sea pecado grave ver cualquier cosa en televisión; se pueden ver las noticias y algunos programas inocentes sin peligro de ningún pecado; lo que no se puede hacer es verlo todo: primero, porque muchos programas son claramente malos, donde se ve que los protagonistas atacan directamente a la moral, tratando de excitar en el público las bajas pasiones de la carne.

Decía Jesucristo: "Todo el que mire a una mujer con mal deseo, ya adulteró en su corazón". Ahora yo te pregunto: ¿Acaso muchas de las artistas que salen en televisión, no hacen cuanto está de su parte para que los hombres las deseen? ¿Para qué sino, esa forma de enseñar sus carnes, esos movimientos provocativos, esas palabras de doble sentido, y todo ese largo de etcéteras que suelen usar?

Pero demos que tú no estés hecho de carne, sino de piedra, demos que tú puedas ver todo eso sin que tus instintos se revelen, ¿qué me dirás del tiempo que pierdes que tanta falta te está haciendo para leer y meditar? Si has leído este librito de San Ligo-rio, habrás comprendido la importancia de la oración. El Santo tenía mucho tiempo para orar porque se obligó con voto a no perder un minuto de tiempo; a ti no se te pide que te comprometas con una promesa formal; pero sí podrías hacer un firme

propósito de no perderlo viendo las indecencias de la tele, porque además de hacerte perder el tiempo, te expones a perder la gracia, o cuando menos, te expones a que se llene tu cabeza de sugestivas imágenes que te imposibilitarán por completo para que puedas hacer oración.

La televisión es un arma perfectísima que tiene Satanás en sus manos para destruir la Iglesia y llevar muchas almas al infierno. ¡Es tan cómodo sentarse en el confort de una habitación, despreocupado de todo, para contemplar la televisión! Y es tan astuto el demonio que será capaz de persuadirte de que esto es un recreo necesario que te hace falta para calmar tus nervios demasiado excitados por las preocupaciones de la vida.

Sin embargo, no hay duda de que sólo ella ha sido el motivo de que muchísimas personas hayan descuidado necesidades tan primordiales, como la lectura espiritual, la meditación y la oración, ejercicios absolutamente necesarios para vivir nuestra vocación cristiana ajustando nuestra vida a los deseos de Cristo.

Tal vez algunos me digan: "Yo no hago oración mental, pero sí rezo el Rosario, oigo o celebro la Misa y tengo otros rezos vocales". Yo le preguntaría: y ¿cómo los haces?, ¿tienes siempre tus pensamientos en lo que pronuncian tus labios?, porque Santa Teresa dice: "Si no pensamos con Quién hablamos, y qué es lo que hablamos, y quiénes somos nosotros que osamos hablar con El, no la llamo yo

oración...” La oración vocal tiene este peligro, que mientras estás rezando puedes estar pensando en otra cosa, mientras que si hablas con Dios con palabras propiamente tuyas, es más difícil que te distraigas, y es mucho más eficaz la oración. De aquí aquella afirmación de San Ligorio: “Muchos rezan el Rosario, el Oficio de Nuestra Señora, y hacen otras oraciones externas de devoción, y sin embargo continúan en pecado, mientras que el que hace oración mental es imposible que peque, porque una de dos, o deja la oración o abandona el pecado; oración mental y pecado es imposible que estén juntos” (Monja Santa)

INDICE

INTRODUCCION	5
I. NECESIDAD DE LA ORACION	13
2.º La oración es necesaria para vencer las tentaciones	21
3.º Necesidad de acudir a los santos	29
4.º De la Intercesión de María	39
II. EFICACIA DE LA ORACION	45
1.º Por quién hemos de pedir	63
2.º Pedir cosas necesarias para la salvación ...	66
3.º Hay que orar con humildad	69
4.º Hay que orar con confianza	76
5.º Los fundamentos de nuestra confianza ...	80
6.º También los pecadores deben orar	85
7.º Hay que orar con perseverancia	91
APENDICE	103

Para un estudio a fondo sobre la importancia de la oración, recomendamos la obra:

**ANTOLOGIA DE TEXTOS
SOBRE LA ORACION**

*de la Sagrada Escritura,
la Doctrina de la Iglesia,
los Santos Padres,
los 32 Doctores de la Iglesia
y otros muchos santos.*

Esta obra, además de recoger todos los textos de la Sagrada Escritura y los más importantes de la Doctrina oficial de la Iglesia, recoge también todo lo más importante de los escritos de casi todos los Santos Padres y los 32 Doctores de la Iglesia, y otros grandes santos, hasta un total de casi un centenar de las más grandes lumbreras de la Iglesia.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 Sevilla